

Comentario a la *Genealogía de la Moral* de Nietzsche

INTRODUCCIÓN

Un estudio sobre Nietzsche y en concreto sobre su *Genealogía de la moral* tiene un interés indudable para un cristiano. A veces quien da altura a lo que uno cree no son los amigos sino los enemigos. Este me parece el caso. En Nietzsche encontramos una crítica pendiente todavía de ser pensada y asumida en profundidad. Quizá el marxismo ha tenido otra suerte y ha marcado profundamente la conciencia eclesial: ahí está toda la doctrina social de la Iglesia. ¿Nietzsche ha sido pensado de igual modo? En absoluto. No parece que el cristianismo haya podido ser limpiado de platonismo o que la moral cristiana no siga navegando por la senda de la mala conciencia. La idea de autorrealización como voluntad de Dios sigue despertando las sospechas y recibiendo acusaciones de narcisismo; por lo visto la voluntad de Dios es la ascesis o, por ejemplo, la desexualización del ser humano. No es fácil que la doctrina de la iglesia cause otra impresión en muchos de nuestros contemporáneos. El diálogo con la filosofía de Nietzsche nos es necesario.

Nietzsche expone en la *Genealogía de la moral* un método crítico, o si se quiere, un *antimétodo*. El método por excelencia es la dialéctica platónica: el paso de lo múltiple a la unidad de la esencia. Una pluralidad de objetos refleja una sola idea a la que remiten. Se trata de burlar las apariencias para llegar a la esencia. Una vez que llegamos a captar esa esencia comprendemos que las cosas se han originado en el mundo de las ideas, que la divinidad es la ordenadora del cosmos. La dialéctica es el método para ver la realidad tal como Dios la ve.

La genealogía opera en sentido inverso: se trata de ver la realidad como puramente mundana, ningún dios ha creado el mundo, sólo hay apariencias, sin esencia. Se trata de deshacer la unidad esencial tomándola como signo de una pluralidad de fuerzas originantes. Este objetivo se consigue mostrando el

origen histórico, no divino, de los productos culturales: el concepto de esencia, de verdad, los valores, la idea de causalidad, la de finalidad etc., son nuestras creaciones. El mundo no tiene finalidad, ni hay valores establecidos por Dios desde siempre, tampoco podemos decir que las cosas poseen esencias siempre idénticas, que no cambian con el paso del tiempo, ni que existe un sentido o un fin de la historia humana... Para Nietzsche todo esto es falso. Y la genealogía tiene por objetivo descubrir el motivo de estas falsificaciones, quién los estableció y por qué. La genealogía es sobre todo una *investigación histórica*, un trabajo de desenmascaramiento, casi detectivesco, que quiere determinar el tipo de seres humanos que inventaron estas fábulas.

Hablamos de *sujeto*, pero la genealogía nos muestra que el sujeto no es una unidad. Estamos constituidos por una gran diversidad de identidades cambiantes, de instintos y deseos a veces opuestos, incluso hablamos y nos tratamos a nosotros mismos como si fuéramos varios personajes. Tampoco las cosas son unidades con una esencia inteligible que les confiere identidad, sino, como decía Heráclito, devenir, pluralidad de accidentes cambiantes e ininteligibles. Igualmente cada valor moral debe su origen a los instintos. Ellos convierten en valioso (en importante) aquello que es necesario para la supervivencia del ser humano. El resultado es que no hay una verdad que deba ser captada, sino interpretaciones múltiples. Cuando una verdad quiere imponerse la genealogía descubre detrás una estrategia de dominio: alguien quiere dominar gracias a esa verdad.

El método genealógico remite cada idea o valor a los instintos que lo han originado, al tipo de vida que lo ha creado, a los hombres que lo establecieron. El resultado es que la cultura occidental se muestra como el producto de una especie de hombres débiles que idean conceptos con los que eliminar de la existencia su aspecto trágico y duro. Esta cultura nos aparece entonces como rechazo de la vida, negación de la dimensión trágica de la realidad, es decir, como nihilismo o voluntad de nada. Eliminar lo trágico es eliminar la vida misma.

La superación de este modo de entender las cosas es una tarea a la vez *crítica* (destruir a martillazos lo que hay) y *reconstructiva* (la búsqueda de una alternativa). Al primer ámbito pertenece la genealogía. Las preguntas que ésta se plantea son:

¿De qué tipo de ser humano es síntoma esta producción cultural? ¿A partir de qué pulsiones, motivos o reflejos se ha constituido la negación del mundo reducido a engaño de los sentidos? ¿Quién necesita ser cristiano para vivir? ¿Quién quiere la nada que es Dios? La genealogía supone el intento de restablecer el paisaje original en el que ha surgido una determinada creencia con el fin de determinar su valor de cara a favorecer o perjudicar la vida. Es

la pregunta por el *quién*. Constituye el medio a través del cual ejerce Nietzsche su *sospecha* sobre el conjunto de la cultura occidental.

Ahora bien esta sospecha se centra en la moral. Toda genealogía (existe un análisis genealógico de la lógica, la ciencia, la metafísica) remite a la *genealogía de la moral* pues el ideal moral es el arquetipo y fuente de todo ideal (el de la verdad sobre todo). No hay verdad y falsedad sino en la medida en que hay bien y mal, es decir, lo siempre-estable, lo siempre-idéntico (el mundo de las ideas de Platón), no sólo es la verdad sino el bien. Justamente algo es verdadero porque es bueno. Así el conocimiento de la verdad aporta la salvación, nos entrega el bien en que consiste ese mundo trascendente que está más allá del devenir, es decir, más allá del sufrimiento. Pero esto quiere decir: más allá de toda vida, en la nada. Por ello los ideales morales conducen a la muerte, a la autodestrucción, al anonadamiento.

La pregunta ¿qué es la metafísica como síntoma de vida? ¿qué es la ciencia como síntoma de vida? ¿qué es la religión como síntoma de vida? se resume en ¿qué es la moral como síntoma de vida? Detrás de toda metafísica, ciencia o religión hay una opción por unos valores y son éstos y su significado para la vida los que Nietzsche quiere investigar.

COMENTARIO A LA GENEALOGÍA DE LA MORAL

A. PRÓLOGO

1. La cuestión central del libro está planteada en el prólogo: "*¿Qué origen tienen nuestro bien y nuestro mal?*". La pregunta genealógica es una pregunta sobre el origen y esto quiere decir:

1.1. El origen nos proporciona la clave para entender el verdadero valor de aquel producto cultural que se somete a investigación. Cuando esta investigación se aplica a la moral podemos decir que el descubrimiento del origen nos dará la clave sobre "*el valor de los valores morales*".

1.2. Nietzsche pretende desmitificar, es decir, mostrar que nada debe quedar a salvo de ser examinado. Hasta ahora se había criticado el comportamiento de las personas desde los valores, ahora son éstos los que deben ser sometidos a revisión. La primera afirmación importante es que estos valores

no existen desde siempre, son un producto histórico. La consideración histórica tiene por consecuencia la *relativización*: lo que fue válido en una época puede no serlo en otra, es decir, los valores no tienen un valor absoluto.

1.3. "*origen*" es una palabra que en la filosofía de Nietzsche pierde su tradicional significado metafísico y religioso. No remite a un originarse en el más allá, *lugar e instante mítico* en el que se crearon nuestros valores. Ni fueron fijados por Dios, ni tienen su fundamento en el orden natural. Ciertamente que los valores nos salen al encuentro con la pretensión de ser absolutos por su origen sagrado, pero la genealogía nos mostrará las circunstancias históricas y los personajes concretos que los crearon. Ella los devuelve a su olvidado paisaje natal.

1.4. Este *origen inmanente* constituye la fuente de inteligibilidad de la moral que no se entiende por sí misma independientemente de su historia. La moral no constituye un dato evidente, primero, que se pueda comprender con facilidad e inmediatez. Su sentido, como producto final, depende de la huella que en ella ha dejado su origen. Esta huella ha de ser descifrada pacientemente en un ejercicio *gris* de investigación y *rumiación*.

1.5. Cuando la metafísica habla de un origen trascendente de los valores quiere decir que lo bueno procede de lo bueno. Los elementos antagonistas, el bien y el mal, son separados y reagrupados según sus verdaderas afinidades para constituir dos sistemas irreductibles entre sí: lo inteligible y lo sensible. Esto obedece a una interpretación moralizante del mundo. Según ella el bien se opone totalmente al mal y sus naturalezas no tienen nada en común. Con ello se desconoce una característica esencial de la realidad: la *mezcla*. Esto se debe al desconcierto e inquietud que produce el hecho de que los valores más altos estén manchados por su contacto con lo más bajo: bien y mal, espíritu y cuerpo... El pensamiento metafísico se fundamenta en un sistema de antítesis excluyentes. Este sistema da lugar a dos mundos diferentes como los que afirmaba Platón, uno bueno (las ideas) y otro malo (la materia caótica). Lo malo existe desde siempre igual que lo bueno (filosofía griega) o bien, como en el cristianismo, es el resultado de una culpa original. En todo caso, este mundo terreno, sede de lo malo, del sufrimiento, de la finitud, es demonizado. Todo lo valioso tiene un origen divino separado de lo terreno.

2. La investigación genealógica consiste en la tarea de desvelar el sentido oculto de la moral. Para conseguirlo trata a los valores como si fueran signo, *síntomas*, de algo que no aparece a primera vista. Esta realidad oculta es la vida. Cada conjunto de valores significa un tipo de vida. Una vida pobre se creará valores empobrecedores y una vida digna evaluará de acuerdo a su propia vitalidad dotándose de valores grandes. Esto quiere decir:

2.1. Los valores son creaciones humanas, pero nos salen al paso como si procedieran de Dios o de la naturaleza, como si existieran desde siempre y nos obligaran a vivir de acuerdo a unos principios que no hemos elegido. Si consideramos a los valores eternos, como pensaba Platón o el cristianismo, no nos será posible entender que su origen se encuentra en *un modo de experimentar la vida* que, en nuestra cultura, es pobre y enfermizo. No podremos determinar entonces lo que valen esos valores ni entender que son síntomas de un tipo de vida. En Europa, todo lo valioso es signo de enfermedad, porque procede de vidas enfermas.

2.2. Kant afirma que el objeto conocido es un objeto construido. También podemos hablar de la objetividad de los valores en Nietzsche como del resultado de una creación o construcción llevada a cabo inconscientemente por la vida: "*Vivir es evaluar*". Al vivir, es la propia vida que vivimos la que crea valores designando lo que para ella es importante. Pero este acto de creación de la vida que alienta en nosotros nos pasa desapercibido y nos acercamos a los valores como si fueran cosas "en sí", es decir, cosas que existen con independencia de nosotros, por derecho propio.

2.3. Los valores no sólo proporcionan puntos de vista desde los que examinar la realidad sino que ellos mismos son creaciones hechas desde determinadas perspectivas y experiencias vitales y las contienen sin que seamos conscientes de ello. La verdadera y profunda crítica es la que se lleva a cabo sobre las valoraciones mismas, la crítica genealógica.

2.4. Si en lugar de advertir que los valores son creaciones relativas de los hombres los consideramos eternos se convierten en un factor de *alienación y heteronomía*: nos obligan desde fuera, marcan nuestro camino, nos confieren una identidad prefijada, de un modo tal, que todos devenimos idénticos y pre-visibles. De este modo la sociedad nos domestica. El ser humano deja de ser único e ininteligible, pierde su identidad singular y adquiere la que le imponen. Vivimos entonces una vida impuesta, que no es nuestra. Para librarse de

esta tiranía hace falta convertirse al escepticismo y dudar de la validez de lo valioso: "*Las convicciones son prisiones*" (cfr. "*El anticristo*").

2.5. De este modo la filosofía de Nietzsche se convierte en el ejercicio de una *sospecha*: el lenguaje no dice lo que parece decir. Tras las palabras se esconde una experiencia de la vida que puede ser afirmativa o pobre y enferma. La cuestión es: tal valor promueve la riqueza y afirmación de la vida o bien la niega; esto es lo que debe ser analizado, lo que el lenguaje oculta. Ahora bien, "vida" es para Nietzsche una constitución corporal, un enjambre de instintos, por ello preguntarse por el valor de los valores es preguntar si éstos tienen su origen en instintos decadentes o bien vigorosos.

2.6. Las palabras que expresan valores son síntoma del modo cómo se vive: quien vive bajamente poseerá valores bajos y quien vive noblemente se guiará por valores altos. No elegimos conscientemente los valores: ellos vienen a nosotros de acuerdo con la nobleza o vileza de nuestra existencia e instintos.

3. El análisis genealógico lleva a cabo una acción reductiva consistente en remitir los productos culturales a su origen.

3.1. Este proceso de análisis de los valores y otros productos culturales en busca de su origen se realiza en tres etapas:

a) Interpretando los productos culturales como *síntomas*, signos, cuyo sentido depende de las fuerzas que los producen. Esto quiere decir que cualquier acontecimiento, cosa, costumbre, institución es siempre un indicio de algo y que sólo captaremos su significado si descubrimos la fuerza que se ha apropiado de él subyugando a otras más débiles.

b) Una vez determinadas las fuerzas que dan lugar, se expresan o enseñorean de los productos culturales es necesario clasificarlas. Así se establece su *tipología* de acuerdo con la cualidad de fuerzas activas o reactivas. Las fuerzas están en lucha, unas mandan y otras se someten. Por ello un mismo fenómeno puede cambiar de sentido según la fuerza que en un momento dado se apodera de él. La historia de un objeto es la historia de las fuerzas que lo subyugan. Esto implica una pluralidad de sentidos, de interpretaciones posibles dado que también hay una multitud de fuerzas en juego tanto en el suceso mismo como en quien lo interpreta. En consecuencia no hay una verdad, sino muchas interpretaciones posibles.

c) Finalmente buscamos el *origen* de estas fuerzas y lo clasificamos según el criterio de nobleza o vileza. Esto es lo esencial: lo alto y lo bajo, lo noble o lo vil de la vida y de la voluntad de poder que en ella se expresa y de la que se originan esas fuerzas activas o reactivas. La fuerza es voluntad que camina hacia su engrandecimiento por el camino acertado del "ser más" y la autoafirmación o bien por la senda equivocada del resentimiento y el odio. Así el resultado de la genealogía es el análisis genético: el objeto vale lo que vale aquella fuerza o voluntad que se ha apoderado de él. Porque no todas, como hemos visto, valen igual, hay una jerarquía dependiente de si promueven la salud o la enfermedad. El sentido histórico consiste en la capacidad de adivinar estas jerarquías de fuerzas que dan sentido y valor a los hechos.

3.2. La *vida* (y la voluntad de poder que en ella se muestra) es el fundamento de los valores. En cada valor se despliega una voluntad de poder. Así los hay que brotan de una vida rebosante y otros que nacen de la miseria, de la debilidad. Pero esta construcción permanece en la ignorancia, la reflexión genealógica es la encargada de sacarla a la luz, de poner en evidencia su significado oculto. Así se pone en marcha el análisis reductivo: la remisión o reducción de los valores a su punto de origen. Estos valores valdrán tanto como valga su origen.

4. El elemento genealógico diferencial que distingue una vida noble de una vil es *la voluntad de poder*. Esta constituye el "*a priori*" que se manifiesta a través de los instintos y la vida. ¿Qué es la voluntad de poder?

4.1. Mundo, vida, ser... no son instancias últimas sino manifestaciones de la voluntad de poder. Ella es el hecho más elemental, aquello en que todo consiste. Es decir, mundo, vida, ser son sólo maneras de mostrarse la voluntad de poder.

4.2. "*Voluntad de poder*" es un concepto que no tiene significado psicológico, no equivale a "deseo de poder", es decir, deseo de cada individuo de dominar a los otros. Esta voluntad sería débil pues al buscar el dominio reconoce sus carencias.

4.3. La voluntad no es una facultad consciente responsable de nuestros actos. No hay una única voluntad porque no hay un yo, una identidad fija, ni unos motivos conscientes implicados en nuestro actuar. De nuestro interior surge una multitud de voluntades (de personajes) muchas veces en contra-

dicción y cuya causa desconocemos. La prueba de ello es la difícil convivencia interna instalada en cada uno de nosotros, las dificultades que experimentamos con nosotros mismos, nuestro desacuerdo interno.

4.4. La *voluntad* está constituida por una *pluralidad de centros de poder en lucha*, una diversidad caótica y contradictoria de pulsiones elementales de la que resulta al final la victoria de una de ellas. Entonces decimos: "quiero esto". Pero este producto final es el eco de un combate disputado en lo profundo.

4.5. La voluntad no es, como en Schopenhauer, simplemente "voluntad de supervivencia", sino *voluntad de autosuperación*, de autotranscendimiento perpetuo. El ser se supera hacia la adquisición de un mayor poder.

4.6. La voluntad de poder responde a un imperativo: *ser más* (esto es lo que significa "*de poder*"). Es un ímpetu o impulso, esencia de todo lo que existe, que siempre va "más allá", que busca crecer y desarrollarse. Este movimiento expresa la participación de todo en el devenir, en el movimiento que, como ya afirmara Heráclito (de quien Nietzsche se siente heredero), constituye la esencia de toda la realidad. Pero este impulso o movimiento puede orientarse hacia el aumento y la superación o hacia la declinación y degeneración. Así aparecen en el seno de la voluntad de poder dos tipos de fuerzas: la activa y la reactiva. A partir de esta bipolaridad se define el proceso genealógico. Cada valor será referido a una o otra dirección del querer, se convierte en signo de un tipo u otro de instintos.

4.7. De la *voluntad de poder afirmativa* nacen las fuerzas activas y de la *voluntad de poder negativa*, las fuerzas reactivas. Por ello unos valores son síntomas de un conjunto de instintos y fuerzas enfermas, en definitiva, de una voluntad de poder negativa y otros lo son de la vida y los instintos poderosos, signo de salud, de la voluntad de poder afirmativa.

B. PRIMER TRATADO

1. El origen de los conceptos "*bueno y malo*" está en los antiguos hombres fuertes. Ellos se llamaron buenos a sí mismos y malos a los demás, a los débiles. Así la retrogradación de los valores hasta la vida que los ha originado muestra el carácter de justificación personal que éstos comportan

para un determinado tipo de seres: justificar sus actos, sus intenciones, sus estados. Los fuertes se autoglorificaban al llamarse buenos. En el fondo toda moral expresa la satisfacción que una cierta especie de hombres experimenta de sí mismo.

1.1. Los valores son signos de instintos. Los juicios morales constituyen un lenguaje o *mímica de las pulsiones* y, en esa medida, de la voluntad de poder que se expresa en esos instintos. No hay una moral absoluta válida para todos. Cada conjunto de valores es el signo de una cierta idiosincrasia existencial, de una determinada voluntad de poder, de una manera peculiar de concebir la vida.

1.2. Este punto de vista sobre un origen histórico de la moral fue compartido por otros autores como los *utilitaristas*. Según ellos se comenzó a llamar "bueno" a lo que era útil para la mayoría y luego se olvidó el origen de este concepto. Con esta teoría pretendieron combatir el idealismo moral que afirmaba la existencia eterna de los valores. Pero Nietzsche no comparte la teleología de los utilitaristas. Los valores no nacen con un fin o sentido como sería favorecer a la sociedad.

1.3. Los valores son expresión de la fuerza y vigor de un tipo humano. Así los guerreros, los señores dominadores, llamaron "*bueno*" a lo que expresaba su superioridad sobre los débiles a quienes consideraron "*malos*". "*Bueno*" es originalmente la expresión de una jerarquía ("*pathos de la distancia*"), de una diferencia irreductible, la manifestación de unos instintos activos que actúan hacia el exterior, espontáneos, creativos, dominantes, agresivos, inconscientes, vitales, alegres, valientes... que se contraponen a los instintos reactivos, decadentes, pobres, llenos de resentimiento, de odio, de sufrimiento, de cansancio por la vida... Los señores son los inventores de su propia moral, creadores de valores que nacen de su voluntad de poder afirmativa. La voluntad de poder afirmativa dice sí a lo que ella misma es, es la expresión de una *profunda autoestima*.

1.4. Los *instintos reactivos* son débiles y han de buscar la adaptación al medio, sólo pueden "reaccionar", acomodarse a lo que hay. Por ello Nietzsche se opone al evolucionismo darwinista. No hay selección por adaptación al entorno. El tipo fuerte no se adapta, sino que adapta el medio a sí, lo domina e invade, le da forma. Así se expresa su voluntad de poder afirmativa. Pero los débiles sufren, son especialmente sensibles a la contrariedad y por ello se vuelven vengativos y resentidos, hombres de la memoria que acumulan agra-

vios. Achacan su debilidad a los fuertes y preparan la venganza. Sus valores nacen del *resentimiento*: llaman "*malvados*" a los fuertes y "*buenos*" a los débiles invirtiendo la valoración de aquéllos. Aspiran a que el fuerte se sienta culpable de ser fuerte (eso es "*la mala conciencia*": culpa interiorizada).

1.5. La tipología básica es tener o no resentimiento. Este criterio permite distinguir entre una *moral de los señores* y una *moral de los esclavos*. El esclavo está siempre condicionado por lo exterior que le debilita, exterioridad a la cual se opone y niega como modo de obtener una cierta valía y aprecio de sí mismo. Este autoaprecio procede, pues, de una negación y oposición.

1.6. Los fuertes afirman "*Yo soy bueno, tú eres malo*". Primero está la afirmación y después la negación nacida de aquélla. Pero los débiles sólo pueden ser algo si comienzan negando: "*Tú eres malo, yo soy bueno*". Su bondad nace de la reacción negadora, del debilitamiento del fuerte. Ellos actúan siempre a la contra.

2. *La inversión de los valores que marca el destino de la cultura occidental es producto del resentimiento de los débiles. Este resentimiento triunfa históricamente a través de la figura del sacerdote judío. Entonces el resentimiento se hace creativo y genera valores que condenan todo aquello que los fuertes consideraban bueno. La nueva moral es el producto de una rebelión de los esclavos.*

2.1. La frustración y la venganza son el a priori del resentimiento. El resentimiento debe su origen a la *sensibilidad excesiva* del hombre débil. Todo lo hiere y ninguna herida se cura por sí misma. Más bien los recuerdos dolorosos se acumulan y agrandan el padecimiento. El hombre débil es el hombre de la memoria al que le falta capacidad para olvidar. "*El que no sabe dormirse en el dintel del momento, olvidando todo el pasado; el que no sabe erguirse como el genio de la victoria, sin vértigo y sin miedo, no sabrá nunca lo que es la felicidad*" ("*Segunda Consideración Intempestiva*"). Sin olvido no hay felicidad.

2.2. Al prohibirse el placer (que no son capaces de obtener) y cultivar lo negativo (el odio a la vida), el débil se hace cada vez más resentido. Este resentimiento se manifiesta en la creación de una moral llena de prohibiciones y limitaciones al disfrute. Ello es debido a que los débiles no soportan que otros sí puedan disfrutar de la vida mientras para ellos sólo significa dolor. La

sexualidad y la agresividad del fuerte son reprimidas. Como consecuencia el hombre se hace aparentemente más sociable pero a costa del vacío y la pobreza de espíritu. La rivalidad y la agresión es combatida apelando al amor, sociabilidad, igualdad... pero *lo reprimido reaparece* a través de una moral que toma la forma de una colección de mandatos y limitaciones. Ahora la agresión prohibida por la ética del débil vuelve camuflada, encarnada en una moral castradora, limitadora de placeres. La esencia de la moral sádica, creación del resentimiento, se expresa en el lema: "*quien bien te quiere te hará llorar*". Con esta moral han triunfado los esclavos.

2.3. Sólo el hombre noble tiene fuerza para evitar que el pasado lo sepulte, para digerirlo, incorporarlo, cicatrizar las heridas que la vida ha producido, reemplazar lo que se ha perdido, rehacer las formas pericidas. "*Hay hombres que poseen esta fuerza en tan mínimo grado que un sólo acontecimiento, un solo dolor, a veces una pequeña injusticia, los hace perecer irremediamente, como si se desangrasen por una pequeña herida*" (*cfr. "Segunda Consideración Intempestiva"*). Hay otros a quienes las dificultades de la vida les afectan escasamente, que asimilan el pasado para hacerlo su propia sangre. "*Lo que semejante naturaleza no puede dominar lo olvida*" (*Ibid.*). Todo su resentimiento se agota en una acción vigorosa después de la cual pueden olvidar y ocuparse de otra cosa, así el recuerdo no envenena sus vidas. Estos hombres saben disfrutar y creen en la *inocencia del placer y de la vida*. Inocencia quiere decir que ya no se acusa a la existencia.

2.4. La serenidad, la buena conciencia, la actividad alegre, la confianza en el porvenir, dependen de la existencia de una línea de demarcación que separe lo que puede ser asimilado de lo que necesita ser olvidado. "*El punto de vista histórico como el punto de vista no histórico, son necesarios a la salud del individuo, de un pueblo y civilización*" (*Ibid.*). El fuerte olvida todo lo que le haría mal, no vive pendiente de viejas heridas, el recuerdo de dolores pasados no le impide vivir libremente el presente. En cambio el débil no olvida, los sufrimientos dejan tal huella que no pueden borrarse y envenenan su vivencia del ahora. El débil no sabe liberarse del recuerdo, de la culpa por lo que hizo, por ello está lleno de resentimiento.

2.5. La memoria es, en el resentido, como una digestión que nunca termina. Memoria intestinal y venenosa a la que Nietzsche llama la araña, la tarántula, el espíritu de venganza... El recuerdo es una llaga purulenta. El hombre del resentimiento es un ser doloroso al que todo le hace daño. Si el tipo del señor se define por la capacidad de olvidar, el del esclavo vendrá defi-

nido por su memoria, por el poder del resentimiento: incapacidad para admirar y respetar, pasividad ("La felicidad aparece primordialmente bajo la forma de estupefaciente, de entorpecimiento, de reposo, de paz, de aquelarre, de relajación para el espíritu y el cuerpo, en resumen bajo forma pasiva" (GM, I,10) y eterna acusación.

2.6. El resentimiento posee un *carácter proyectivo*: la culpa de la propia debilidad se proyecta en el otro. "Es culpa tuya si soy débil y desgraciado". Ese otro es el fuerte. Todo es culpa de él. Una vez interiorizada, éste se ataca a sí mismo por su poder considerando que su forma de ser constituye un pecado, que su fuerza y sus placeres son una vergüenza, que debería ser más humilde y reprimirse. De este modo la ética del débil consigue su objetivo de envenenar la vida del fuerte. Este se llena de culpa por ser lo que es y se agrede sado-masquistamente. La vida es acusada y separada de su poder. La moral judeo-cristiana cumple así su objetivo.

2.7. Adivinamos así lo que quiere el resentido: quiere que los otros sean malos, necesita que sean malos para poder sentirse bueno. Pero el resentido oculta siempre su odio: "te acuso, pero es por tu bien". Lo camufla como amor que no cesa en su empeño hasta hacer del prójimo un ser enfermo, también doloroso, es decir, un ser bueno.

2.8. "¿Cuándo alcanzarán, los hombres del resentimiento, el triunfo sublime, definitivo, resplandeciente de su venganza? Indudablemente cuando lleguen a arrojar en la conciencia de los felices su propia miseria y todas las miserias: de tal manera que éstos empezarán a rugir por su felicidad ya decirse quizá unos a otros: es un vergüenza ser feliz frente a tanta miseria" (GM. III, 14). El resentimiento culmina su obra en la creación de la mala conciencia, es decir, al conseguir que los otros asuman la acusación como propia. Con ello han inventado un nuevo sentido del dolor: el dolor como consecuencia de una falta, de un pecado.

3. La rebelión de los esclavos supone la victoria de las fuerzas reactivas y de la voluntad de poder negativa del hombre débil. Estas fuerzas limitan al otro para que no pueda y así no sentir el agravio de la comparación. En su afán negador de la fuerza y el vigor, de la corporalidad sana del fuerte, la moral impuesta por los débiles conduce al *nihilismo*, a decir "no" a la vida.

3.1. La rebelión de los esclavos supone que el débil se convierte en bueno. Por contra el fuerte es condenado y con él todo lo que expresa vigor: la corporalidad, la agresividad, lo instintivo, la sexualidad... Nace *la moral altruista*. Esta moral condena el egoísmo, por lo tanto exige a cada persona que se limite, que se niegue a sí misma en favor de los demás. Esta autonegación consigue que los fuertes se asemejen a los débiles que de hecho son incapaces de egoísmo, es decir, de autoafirmación. "*Faltan las cosas mejores cuando comienza a faltar el egoísmo. Elegir instintivamente lo dañoso para uno mismo, ser atraído por motivos desinteresados es algo que casi nos da la fórmula de la décadence*" ("*Crepúsculo de los Ídolos*", n°35). Dejar de buscar el propio provecho no es más que la hoja de higuera moral para tapar un hecho diferente, fisiológico: "*yo ya no sé encontrar mi provecho... ¡Disgregación de los instintos!*" (*Ibid.*). El débil carece de fuerza, de instintos poderosos, que le ayuden a buscar su propio interés. Si no lo hace, no es porque sea generoso y entregado, sino porque es incapaz a causa de su falta de vigor y de autoestima. Entonces inventa la estrategia de presentar como virtud su carencia de energía y exige, a través de la moral altruista, que los fuertes hagan lo mismo.

3.2. La moral altruista sirve de muralla defensiva contra las pulsiones fuertes: la sexualidad, el egoísmo y la crueldad. Al no poder ser asumidas por el débil son mantenidas a distancia o extirpadas (la moral es *un instrumento de castración*) gracias a su calificación como malvadas e inmorales. "*La Iglesia combate la pasión con la extirpación, en todos los sentido de la palabra: su medicina, su cura es castridismo. No pregunta jamás: ¿Cómo espiritualiza, embellecer, divinizar un apetito?*" ("*El crepúsculo de los ídolos*, 54) El débil teme continuamente la erupción de estas pulsiones, la espantosa proximidad de la animalidad mal contenida por una delgada capa de civilización. A partir de la bipolaridad fuerte-débil delimitada por la actitud ante el propio mundo pulsional se define todo el proceso genealógico.

3.3. El hombre fuerte es amo de su caos interior, puede usar creativamente sus instintos y decir sí a todo lo que hay en él. Nada sobra: no tiene miedo a su cuerpo, no quiere prescindir de él. Si para Platón el cuerpo era cárcel del alma, para el fuerte es al revés: *el alma es lo que encarcela el cuerpo*.

3.4 El fuerte se guía por el *pathos de la distancia*: se siente diferente y superior, es amigo de jerarquías. El débil, por contra, impone *la lógica del rebaño*. Nadie debe escapar a la uniformidad porque toda diferencia se vive como acusación. La uniformización conduce a la mediocridad, por causa de la

represión de la agresividad que es el impulso que permite crecer y trascenderse.

3.5. Hay una *negatividad*, una destructividad, que es necesaria para el fuerte. Destruye para construir y renovar, se opone y lucha para avanzar. La voluntad de poder afirmativa que se expresa en él es voluntad que domina, subyuga, tiende al poder. Hay un momento necesario de caos desde el que brota cada nueva creación. "*Ha de haber caos en vuestro interior si queréis alumbrar una estrella danzarina*".

3.6. Pero el débil no soporta esta lucha y llama "*mal*" a la negatividad, no advierte su papel necesario en el crecimiento de las personas. No hay ninguna mejora sin lucha, sin enfrentamiento, sin un doloroso oponerse a los obstáculos. Pero son éstos, esta negatividad y oposición que nos presentan las dificultades, el yunque en el que recibimos los golpes que nos hacen fuertes. La realidad es una lucha de voluntades de poder en las que unas subyugan a otras. El débil no lo soporta. Llama "*mal*" a la negatividad tal como aparece en su conciencia de hombre enfermo. De este modo invierte las valoraciones de los hombres superiores: el mal es la fuerza destructivo-creadora del fuerte, toda negatividad que contradice y se le enfrenta y llama bien a valores como la humildad, sacrificio, continencia... Valores que impiden al fuerte ser fuerte y que expresan resentimiento y una destructividad estéril y disimulada.

3.6. La *destructividad del débil* es negación que busca anonadar, corromper, debilitar, impedir el poder del otro. Sólo así los hombres cansados y enfermos pueden sentirse superiores a los fuertes y nobles. Esta agresividad del débil cristaliza en la creación de los valores que dominan la moral europea. Por eso estos valores poseen la cualidad del sadismo, de la agresión y el odio. Cuando se pide al fuerte que sea humilde y generoso, se le pide que se limite a sí mismo, que deje de ser quien es, es decir, que se odie y se agreda hasta convertirse en otro diferente. La destructividad del débil expresada en la moral judeocristiana es nihilismo, es decir, voluntad de negar la vida y afirmar la nada.

3.7. La voluntad de poder afirmativa dice sí al caos de fuerzas que es la vida, desea afrontar la tarea de controlar y jerarquizar los instintos sin reprimirlos. Quiere más bien *embellecerlos* y sacarles todo el provecho posible. Este control lo llama Nietzsche "el gran estilo", "la gran política", "gran razón"... La voluntad negativa es incapaz de soportar esta tarea y busca la solución en la eliminación de estas fuerzas. El débil tiene miedo de su cuerpo

y sus instintos e intenta negarlos. Así funciona la filosofía de Platón o el cristianismo.

3.8. El concepto de "*sujeto*" es una invención de los débiles para culpabilizar a los fuertes. Supone que tras las actuaciones hay un ser responsable que podría haber obrado de otra manera. De este modo se puede imputar al otro, considerarlo culpable de aquello que es y hace. El débil eleva así su autoestima convenciéndose de que "*la debilidad*" ha sido algo que ha elegido como signo de virtud, en contraposición a la "*fortaleza*" tenida por inmoral y a la que ha renunciado por ello.

3.9. Pero no sólo no hay un sujeto que actúa: ni siquiera es posible una moral propiamente dicha ya que tampoco existe la libertad. A través de nosotros es el instinto de conservación, la búsqueda de placer, y en último término, la voluntad de poder quienes actúan. Por ello las acciones escapan a nuestro conocimiento: la multitud de factores que las producen nos son desconocidos.

4. El *pueblo judío* encarna el resentimiento porque hizo suyo *el espíritu sacerdotal* y se consideró el pueblo elegido por Dios. ¿Qué es el espíritu sacerdotal?

4.1. En su búsqueda de los "orígenes" de la moral de occidente, Nietzsche encuentra al personaje más importante, al educador por excelencia, aquel pedagogo que ha dejado una huella imborrable en la cultura occidental: el *sacerdote*.

4.2. Sacerdote es todo tipo de *mediador* entre Dios (o una causa considerada sagrada) y los hombres. Es el que consuela, da sentido a la vida y al sufrimiento, apoyo para vivir. El sacerdote se identifica con el débil, aunque él mismo forma parte de la aristocracia antigua (junto con los guerreros) porque es débil también. Pero fuerte entre los débiles, es el dominador de la masa. Y domina porque el sacerdote ha aportado el único remedio al sufrimiento que conoce la historia. Todos los ideales han venido de los sacerdotes. El es el padre de occidente.

4.3. El sacerdote se ha acercado al sufrimiento de los hombres. Ha comprendido su desesperación, el cansancio de vivir de aquellos que sienten su vida como padecimiento. Y les ha ofrecido la *salvación*:

a) El sacerdote aporta la salvación al comportarse como *teólogo*, es decir, al explicar la causa del sufrimiento. Con ello fija una *verdad universal*, verdad revelada. De acuerdo con ella el hombre ha transgredido la ley divina y por eso padece. El resultado es que la vida es vista bajo el signo de la culpa. El creyente asume esta explicación mítica porque no tiene fuerzas para investigar la realidad y prefiere aceptar el atajo que se le ofrece. Escoge no ver las contradicciones, no dejar expresarse al mundo tal como es. Esta incapacidad para descifrar las cosas, signo de una pereza esencial, y la convicción de la nulidad del mundo le lleva a desear una verdad revelada que le dé todo resuelto.

b) El sacerdote como *médico* proporciona los medios de curación: la obediencia a Dios, el culto, el cumplimiento de los preceptos. Hace de la religión un botiquín de remedios y liga para siempre al hombre con Dios haciéndole deudor de éste, con una deuda que jamás se puede pagar. Para conseguir que el olvido no borre la conciencia de la culpa y el hombre padezca por el remordimiento, utiliza los medios más crueles. "*Sólo lo que no cesa de doler permanece en a memoria*" (GM, II, 3). Esta es la estrategia común de todo ideal ascético (ascesis es la doctrina que impone una vida austera, la renuncia a las cosas terrenas, la mortificación de las tendencias instintivas y la lucha contra los placeres): "*unas cuantas ideas deben hacerse imborrables, omnipresentes, inolvidables, fijas, con la finalidad de que todo sistema nervioso e intelectual quede hipnotizado por tales ideas fijas...*" (GM II, 2).

4.4. De la rivalidad entre la casta guerrera y la casta sacerdotal (valores del cuerpo contra valores del espíritu) deduce Nietzsche el paso de la moral de señores a la moral de esclavos. Los sacerdotes, desposeídos, movilizan contra los guerreros a todos los débiles, enfermos y fracasados. Esta rebelión ha acontecido entre los judíos. El pueblo judío representa la figura histórica de este hecho. Con ello el resentimiento se convertirá en la fuerza creadora de valores.

4.5. El débil, resentido, busca una causa de su sufrimiento. Acusa a todo lo que es activo en la vida. Aquí surge el sacerdote como aquél que organiza la acusación: "Ves estos hombres que se llaman buenos, yo te digo: son malos. Ellos son los culpables". Así es en un primer momento. Cuando el resentimiento se ha contagiado lo suficiente hace enfermar a los que gozaban de buena salud. Estos repiten "es culpa mía". El resentimiento ha cambiado de dirección. Ya no se acusa al otro sino a uno mismo. Entonces aparece por

segunda vez el sacerdote, necesitado de los que sufren para dominar, e inventa el concepto de pecado "el principal acontecimiento de la historia del alma enferma". El resentimiento acaba su obra constituyendo la mala conciencia, es decir, el sentimiento de culpabilidad. Tras haber sido acusados, ahora los hombres se sienten culpables.

5. Israel vivió una época gloriosa hasta su derrota militar y exilio en Babilonia. Caidos en desgracia, los *sacerdotes judíos* encuentran una explicación teológica de lo sucedido: los culpables son los reyes guerreros, la aristocracia de las armas que arrastra al pueblo lejos de la ley de Dios. Para que éste los perdone, los sacerdotes animan a cumplir con la ley, de la que se hacen intérpretes. Capitanean así la *rebelión de los débiles* contra los fuertes. Esta rebelión nace en un pueblo contrariado que acaba enalteciendo los rasgos que caracterizan el cansancio de vivir. Los sacerdotes judíos crean la ecuación: pobre = santo = bueno; rico = violento = impío = sensual = malvado. Se han invertido los valores de antaño.

5.1. El miedo a los instintos conduce a su condena y a la afirmación de valores que suponen represión: humildad, bondad, santidad, moderación... En este mismo orden de cosas destaca la identificación de virtud y razón que corresponde a una *hipertrofia de lo racional* típica de los tipos humanos decadentes como los sacerdotes o Sócrates en Atenas. Ambos son hombres de pensamiento si se los compara con los guerreros, hombres de acción.

5.2. Este hiperdesarrollo de la razón obedece a la *debilidad de los instintos*. Pero la razón es un instrumento imperfecto en comparación con el instinto. La sabiduría verdadera que permite crecer y afirmarse es instintiva, no racional. La razón falla y se equivoca con frecuencia. No así el instinto. La verdadera sabiduría reside en el cuerpo.

5.3. La obra del sacerdote judío ha sido dirigir el resentimiento de los débiles contra los fuertes. Israel ha encarnado este papel histórico al considerarse el pueblo elegido por Dios y rebelarse contra su propia aristocracia. Dios hace suya la causa del débil y propone la obediencia y sometimiento a la ley. Si se obra así todo irá mejor. Pero la aspiración a un mundo diferente expresa un deseo de librarse de uno mismo. El mundo divino nace del infierno interior, del sufrimiento insoportable que es la vida para el débil. Entonces Dios se convierte en el refugio imaginario para el hombre enfermo.

5.4. El sacerdote tiene tanto éxito porque su mensaje cae en tierra abonada. Hay una *connivencia o ligazón estructural* entre el anuncio de salvación

y el hombre que padece. El hombre tal como lo conocemos en occidente está enfermo. El sacerdote urge en su herida y al pretender curarla la ensancha y hace más profunda. Necesita de ella para poder ejercer su poder.

5.5. La postura de Nietzsche no es *antisemita*. No critica a los judíos por ser judíos, sino por asumir una determinada concepción de la vida, por hacer suyo el *espíritu sacerdotal*.

6. El *cristianismo* es continuador de la forma de pensar del platonismo y el judaísmo. Supone la entronización de todos aquéllos que tienen motivos para suicidarse pero carecen de valor para hacerlo.

6.1. En cuanto *dualista* (hay dos mundos: un más allá y la realidad que captamos por los sentidos), el cristianismo rebaja este mundo convirtiéndolo en apariencia. Así prolonga la fábula del mundo verdadero que se había iniciado en Grecia con Parménides y Platón.

6.2. Este mundo verdadero es prometido al hombre que se sacrifica, al *asceta* es decir, al que se odia como hombre de instintos, al que quiere prescindir de su animalidad. El *amor* cristiano nace de este *odio*.

6.3. La fábula del más allá muestra hasta que punto la vida es insoportable para cierto tipo de hombres dado que el mundo no es tal como lo desean. El cristianismo consiste en la operación por la que se acondiciona un mundo tranquilo apto para las personas de espíritu débil. Aquí domina el instinto de supervivencia que conduce, por encima de todo, a la búsqueda de *seguridad* y proporcionarla es la función de toda "fe" por inverosímiles que sean sus contenidos. Por eso la fe salva y cualquier cosa puede ser creída con tal que dé confianza y seguridad.

6.4. El cristianismo ha consagrado universalmente el espíritu de rebaño, la sumisión, la resignación, la humildad, los consuelos del más allá. El efecto de su éxito ha sido la condena de los sentidos y de los impulsos de independencia, el debilitamiento y empobrecimiento vital, la mediocridad del hombre europeo. Se ha calumniado al hombre independiente, sano, sensual haciéndolo exponente del mal. Junto a esto, el proselitismo y el miedo han mantenido a la mayoría bajo el cristianismo.

6.5. Como resultado la historia europea ha sido modelada por fuerzas reactivas que han reprimido todo impulso diferenciador que propiciara la

vida ascendente. Ha habido momentos de regeneración como el Renacimiento o Napoleón pero seguidos rápidamente de reacciones a la contra: reforma y el socialismo. Prevalece la decadencia.

6.6. Nietzsche valora al cristianismo no desde el dogma, desde el punto de vista religioso, sino desde la moral. La esencia del cristianismo se descubre en el hecho de la rebelión de los esclavos, en la rebelión de la enfermedad contra la salud, en el empobrecimiento de la vida.

SEGUNDO TRATADO: CULPA, MALA CONCIENCIA...

1. La *mala conciencia* viene de la culpa y ésta pertenece al ámbito de relaciones acreedor-deudor. En este caso la deuda es con Dios (pecado) y se interioriza convirtiéndose en impagable. El sufrimiento se interpreta como pago por la culpa cometida.

1.1. La mala conciencia es el profundo *estado mórbido* que se produce cuando se vuelven contra el yo las tendencias agresivas que las barreras de una sociedad policial prohíbe exteriorizar.

1.2. Entonces aparece una *escisión* en el interior del hombre. Una parte de nosotros se constituye en acusador de otra parte. El infierno se instala en nuestro mundo interno.

1.3. Por medio de la mala conciencia se genera un *interior espiritual* (alma-yo acusador) en oposición al cuerpo (yo acusado). El ser humano se convierte en una realidad degradada por comparación al más allá de donde el alma es oriunda. Esto obliga al sujeto a someter a su cuerpo y su vida a una disciplina moral para reunir el alma con su origen transcendente. El alma debe regresar al lugar al que pertenece. Por eso, según Platón, la filosofía es una preparación para la muerte (cfr. "*El Fedón*") y la memoria o rememoración evoca el recuerdo de que el alma pertenece al mundo divino y vive aquí desterrada. De ahí que el olvido, como lo defiende Nietzsche, sea un arma contra Platón.

1.4. La disciplina ascética a la que se somete el individuo impulsado por la mala conciencia es expresión de una crueldad dirigida hacia uno mismo. La

crueledad es esencial a la naturaleza humana. Es un instinto básico que consiste en el placer de ver y hacer sufrir. Este placer constituía un ingrediente básico de la alegría de todos los grandes pueblos en la antigüedad. Instinto que se manifiestaba en las prácticas penales y que ahora ha encontrado su refugio en la moral, en lo que llamamos la voz de la conciencia. Al no poder ser crueles con los demás, lo somos con nosotros. Así una voz resuena en nuestro mundo interno para condenarnos, nos recrimina, nos coge en falta, nos recuerda los pecados, nos exige una vida dura y austera, nos dice que el placer es malo... El agredido y al agresor es el mismo: nosotros identificados con la moral de los esclavos. Un verdadero escenario sado-masoquista se constituye en nuestro interior, un espectáculo de crueldad interiorizada. Nace el hombre culpable.

1.5. La crueldad es el transfondo oculto de la cultura. Refrenada en su desarrollo hacia fuera se vuelve hacia dentro para crear la *interioridad*, abismo en el que resuena el dolor. Ni espíritu ni voz de la conciencia tienen un origen transcendente. La conciencia moral es instinto de crueldad: el ser humano se desgarrar, se persigue, se roe, se maltrata... siente que ha pecado, que ha cometido una culpa. El hombre es siempre bestia: o hacia fuera, o hacia dentro, en el automartirio de la mala conciencia.

1.6. La mala conciencia supone la multiplicación del dolor desde dentro de la persona, la enfermedad del *masoquismo moral*: el hombre autolimitándose, volviendo su fuerza contra sí mismo. Pero lo sorprendente de la mala conciencia es el nuevo sentido que da al sufrimiento. Se hace del dolor la consecuencia de una culpa, de una falta íntima, y el medio de una salvación. Se cura del dolor fabricando más dolor, interiorizándolo: nos curamos infectando la herida. Nunca el sentido del sufrimiento había sido pensado así.

2. La mala conciencia introduce un factor nuevo en la historia de la moralidad occidental. Antes era acusada la vida exterior, el hombre fuerte; ahora el hombre se acusa a sí mismo. La mala conciencia es el dispositivo de deuda introyectada. El inductor de esta introyección es el *sacerdote cristiano*. Se consuma la rebelión de los esclavos y el dominio de los sacerdotes.

2.1. El acto que funda el triunfo de la moral de esclavos es la creación de la mala conciencia. Por medio de ella se constituye una subjetividad autorrepresiva, es decir, el sacerdote ya no necesita reprimir al fiel sino que éste se reprime a sí mismo como si hubiera incorporado al sacerdote y sus preceptos dentro de sí y ahora resonara su voz a través de lo que llamamos la voz de la

conciencia (la voz del sacerdote en mí). El sacerdote ha depositado en los miembros de su rebaño el sentimiento de una *deuda no cancelable*, de un pecado que no hay manera de expiar a causa de su enormidad. De este modo tendrá al fiel controlado, dispuesto a someterse a sus remedios a fin de aliviar la sensación de tener a Dios en contra por causa de sus pecados.

2.2. La deuda se convierte en *culpa*: al interiorizarse se torna impagable. El sacerdote introyecta el dolor en el otro y hace del deudor un perpetuo acreedor de sí mismo (o del sacerdote dentro de sí). El efecto se eterniza porque la deuda aparece como impagable. Es la deuda con Dios. Una vez interiorizada ya no puede ser expulsada. El sacerdote cristiano preside la interiorización del dolor, la constitución del sentimiento de culpabilidad, para ello dispone de un concepto nuevo: el de pecado. Con ello el sacerdote ha cambiado la dirección del resentimiento: no son culpables los otros, sino yo mismo. Este ha sido el resultado inevitable del primer momento de acusación al otro, una vez que ésta tiene éxito y ya todos repiten desolados el mismo refrán: "es culpa mía", el sacerdote introduce ese giro nuevo en la situación: la mala conciencia.

2.3. La mala conciencia es un *mecanismo de poder* que ahorra esfuerzos al sacerdote pues éste ya no necesita controlar al fiel sino que el hombre religioso se controla y vigila a sí mismo. Por medio de la mala conciencia se instala en la persona una policía interna, una instancia que representa el orden moral y vela por su cumplimiento haciendo que la persona pierda el aprecio por sí misma si no se somete.

2.4. El temor desproporcionado al castigo divino mantiene al individuo sujeto a su deuda y refuerza la acción de la mala conciencia. El sacerdote necesita del miedo para hacerse obedecer. Por ello se presenta como intérprete de la voluntad de Dios.

2.5. La referencia a un *ideal absoluto* como Dios es necesaria a la mala conciencia. A la luz de ese ideal nos definimos y disminuimos hasta sentirnos indignos. Ante Dios no somos nada. Pero cualquier ideal que ocupe el lugar de la divinidad produce el mismo sentimiento de indignidad y de poseer una deuda impagable (con la historia, con el partido político, con la humanidad, con la patria etc.). Por ello la Ilustración no ha cambiado sustancialmente la situación, sólo ha sustituido a Dios por otros dioses. Dar la vida por un ideal, cualquiera que sea, es recrear la mala conciencia.

2.6. A la moral judeocristiana la han reemplazado nuevas formas de dominio. Siempre el mecanismo es el mismo: la interioridad contra el individuo, el sacrificio de la persona por una causa absoluta. La *modernidad* continúa construyendo al sujeto como *sujeto a un ideal*.

2.7. La liberación del hombre necesita del *desenmascaramiento* del mecanismo de la introyección de la culpa que es la mala conciencia y la denuncia de todo poder que opera a través de ella para esclavizar a las personas.

2.8. El ateísmo para Nietzsche es un no tener deudas con Dios o con las causas que la modernidad ha convertido en sagradas; es una segunda *inocencia*, una vuelta a la existencia no-teológica donde todo placer es posible y puro.

TERCER TRATADO: ¿QUE SIGNIFICAN LOS IDEALES ASCÉTICOS?

1. La moral del esclavo encuentra su máxima expresión en el *ideal ascético*. Por medio de dicho ideal la vida queda orientada hacia otra cosa, fuera de sí. Pero, además, esta vida presente es vista como un camino desgraciado que hay que desandar. Para conseguirlo se necesita del sufrimiento y la autonegación. De este modo se pasa del "yo sufro" al "yo quiero sufrir" e incluso al "el bien consiste en querer sufrir". Es el modo de huir de nuestra condición mundana.

1.1. El ideal ascético ha estado presente a lo largo de toda la historia de la filosofía occidental y se ha manifestado en tres formas de desprecio de la vida: el *socratismo* y el *platonismo* en Grecia (negación del mundo sensible y desprecio de las apariencias); el *judeocristianismo* (toda la vida es negada puesto que la verdadera existencia viene después de la muerte); y la *moral kantiana* (niega los deseos para establecer que sólo es moral la acción universalizable que se cumple por el puro deber).

1.2. El núcleo del ideal ascético es la creencia en la *verdad*. La verdad concede validez a los ideales por los que el hombre se sacrifica: son ideales verdaderos. De este modo, el ideal ascético une la *metafísica dualista* que afirma la existencia de un más allá con la *práctica moral* de purificación y ascesis que permitirá hacerse digno de la salvación en ese más allá.

1.3. El análisis genealógico del significado del concepto "*verdad*" permite diferenciar tres sentidos:

a. La verdad como *mentira útil*. Llamamos verdad a todo lo que ayuda al hombre a sobrevivir. El origen del concepto responde a una necesidad pragmática, utilitarista. Si no creyéramos que es posible captar la esencia de las cosas, si, incluso, no falsificáramos con nuestros conceptos la realidad, cosificándola y deteniendo el devenir, para que sean posibles verdades estables, no nos podríamos orientar en la vida.

b. *La verdad de la metafísica y el cristianismo* tiene el mismo origen. Pero en este caso la necesidad de engañarse es enfermiza. El hombre que cree en la verdad cristiana busca compulsivamente la seguridad, más allá de lo normal. Sólo una vida sumamente débil está tan necesitada de creer en semejantes verdades. Lo extrañas que son demuestra que no es la razonabilidad del contenido lo que importa sino la tranquilidad que proporcionan.

c. La verdad última y abismal es que no hay verdad alguna, que sólo es posible obtener *perspectivas* diferentes sobre el mundo. El cristianismo quiere hacer pasar por verdad lo que sólo es su interpretación. La realidad es un texto oscuro que puede ser leído con mil ojos diferentes. Esta pluralidad de interpretaciones es liberador porque rompe con la tiranía de la verdad absoluta. Nietzsche propone jugar con las diferentes perspectivas, representar diferentes papeles, vivir experimentado...

1.4. El ideal ascético es la *interpretación de la vida* que corresponde a la voluntad de poder negativa del esclavo. Su esencia es la negación de la vida instintiva. El cuerpo es vivido como una alteridad amenazante de la que es mejor protegerse.

1.5. El desenmascaramiento de lo que significa el ideal ascético es tarea de la genealogía. Por ello este método representa *una negación de la negación* que es este ideal y un intento de recuperar toda la energía invertida para que una vez que sea imposible creer en esos ideales (gracias a la muerte de Dios) no nos sobrevenga la desmoralización y el pesimismo nihilista.

1.6. El ascetismo representa la oposición de la vida a ella misma. Es el volverse de la fuerza contra sí mismo en un intento de curarse de la enfermedad que padece. Este deseo muestra que el ideal ascético nace de la voluntad de poder.

2. La genealogía descubre el *nihilismo* como la enfermedad que aqueja a los valores ascéticos. Estos orientan al hombre hacia el "otro" mundo poseedor de todas las propiedades que no tiene la vida: estabilidad, identidad, felicidad, bien... Por ello precisamente es sospechoso de ser una fábula. El acto nihilista por excelencia es la escisión en dos mundos y la consideración de esta vida como apariencia y engaño.

2.1. El nihilismo se refiere:

- a *la situación contemporánea* en que los ideales ascéticos resultan inverosímiles, están aquejados de nulidad y ya no arrastran (la muerte de Dios);
- a *la lógica interna y el desarrollo de la historia europea* desde Platón hasta el presente que exponíamos en la introducción: en el fondo todo ideal era nada aunque no se fuera consciente de ello.

2.2. Como lógica del desarrollo de la filosofía europea, el nihilismo es la expresión de la voluntad de poder débil que retrocede ante la afirmación de la vida y se convierte en negación. Lo que niega este nihilismo es el mundo como pluralidad, devenir, contradicción, sufrimiento, ilusión, mal... aquello que Nietzsche había llamado la dimensión dionisiaca de la realidad.

2.3. Esta negación de la vida y el mundo proclama: este mundo no vale nada y nada vale en este mundo. A partir de ahí el nihilismo inventa otro mundo del que se ha eliminado todo lo que hace sufrir. Pero este mundo no existe, es nada.

2.4. En su forma primera (platónico-cristiana), el nihilismo permanece *latente*, oculto. No se muestra como creencia en la nada porque la nada está oculta bajo el nombre de Dios o del mundo de las Ideas en Platón. En este primer momento el nihilismo aparece como afirmación: "existe Dios". Pero detrás de esta afirmación se esconde la negación: "existe Dios" quiere decir: este mundo es irreal, no es verdadero, lo que de verdad existe es la nada=Dios (Dios es la nada pues quien realmente es "nada" es él, no el mundo material). Aquí encontramos la negación.

2.5. Que el cristianismo es creencia en la nada aparece gracias al propio cristianismo que fomenta el amor a la verdad y esta misma búsqueda se vuelve contra Dios cuando acaba por descubrirse que él es una ilusión, que no existe. Entonces hallamos que cuando decíamos que Dios existía estábamos afirmando que la nada existía. De este modo el nihilismo oculto en que con-

siste el cristianismo se manifiesta ahora que ya no podemos creer más en Dios en un *nihilismo explícito*. Este es el significado de "*Dios ha muerto*".

2.5. Entonces la voluntad de la nada, que es condenación de la vida como no-ser para afirmar que quien de verdad tiene el ser es Dios, aparece manifiestamente. Este es el significado del nihilismo en nuestra época: ya no podemos creer más en Dios ni en los valores morales porque hemos descubierto que son "nada". Esta fe religiosa tiene por fin negar que el mundo sea real. Los débiles necesitan creer esto porque no soportan la vida tal como es e imaginan un más allá donde serán felices (aquí no pueden).

2.6. Este nihilismo se instala como el sentimiento de fracaso de todo sentido. Todos los significados se agotan: "*el desierto crece*". Los antiguos sentidos (morales, religiosos, metafísicos) se ocultan, se alejan, se niegan... El hombre está cansado del mundo y de sí mismo. Ya no cree en nada. Esto se debe a que el mundo verdadero servía para despreciar lo sensible y ahora lo sensible lo es todo. Como hemos calumniado durante siglos el mundo material considerándolo malo, ahora que ya sólo podemos creer en la materia nos parece que la situación es desesperada.

2.7. La expresión "*Dios ha muerto*" resume el derrumbe de todos los valores. Con Dios desaparece la garantía de un mundo inteligible: no existe el más allá. La realidad vuelve a mostrarse caótica y sin sentido. Nada en el mundo es divino, estamos abandonados a nosotros mismos, sin ninguna finalidad. El mundo es absurdo (ab-surdum: sordo, indiferente a nuestro sufrimiento).

3. La búsqueda de la verdad que impulsaba a la moral cristiana se vuelve contra el propio cristianismo y conduce a descubrir que Dios no existe. No es Nietzsche quien mata a Dios, sino que se lo encuentra muerto en el alma de su tiempo. Ahora llega el nihilismo explícito. Este fenómeno abre grandes posibilidades pero también graves peligros.

3.1. Fe en Dios + voluntad de poder negativa + fuerzas reactivas = **HOMBRE**. Esta fórmula expresa lo que el hombre ha sido hasta ahora en Europa. Hombre, por definición, es una especie enferma. Se servía de Dios y los demás ideales para autodenigrarse. No ha habido ninguna otra forma de comprender al ser humano pero ahora ha de perecer para que llegue el superhombre.

3.2. Muerte de Dios + Voluntad de poder negativa + fuerzas reactivas = **ÚLTIMO HOMBRE**. El fenómeno de la muerte de Dios y del nihilismo explícito puede constituir la ocasión para avanzar hacia un nuevo tipo de hombre, pero para el débil es motivo de desánimo, pesimismo, incapacidad de superar el nihilismo y desesperación. Este hombre, el último hombre lo llama Nietzsche, sustituye a Dios por otras realidades divinizadas (causas por las que luchar: los ideales de la modernidad), o se conforma con los pequeños placeres de cada día como hace el consumidor de la sociedad capitalista, o busca de mil maneras la narcosis, el olvido y la alienación pues no puede soportar el vacío y la falta de sentido.

3.3. Muerte de Dios + voluntad de poder afirmativa + fuerzas activas = **SUPERHOMBRE**. Para el fuerte, la muerte de Dios abre un nuevo horizonte. Ya no está limitado por verdades absolutas y causas por las que sacrificarse, ya no ha de negar su corporalidad. El superhombre es el hombre que cumple la vocación de "ser más" propia de todo ser. Vence el nihilismo y el desánimo porque en él hay un gran sentimiento de poder. Creador de sus propios valores, sabe que toda verdad e ideología es sólo interpretación y él crea las suyas propias como en un juego. Es el niño que acepta la vida y la afirma como inocente de toda culpa, sin ningún miedo al sin-sentido.

4. La actividad crítica llevada a cabo por la genealogía libera al ser humano para que éste se convierta en autor de su propia vida. Los valores tradicionales han perdido toda su seriedad y poder al descubrirse que eran creación del odio. Este resultado permite diferenciar tres sentidos diferentes de moral:

4.1. La moral como conjunto de valoraciones que la vida realiza inevitablemente con el fin de poder sobrevivir. Toda vida evalúa contantemente circunstancias y acontecimientos externos a partir de sí misma, creándose una moral. Es la moral como *necesidad vital*.

4.2. *La moral de la tradición judeocristiana* cuya esencia es el ideal ascético, creadora de un tipo humano empobrecido, pero que se presenta con pretensiones de validez absoluta. Es la moral nihilista negadora de la vida, vuelta contra el cuerpo, al servicio de la domesticación del hombre y la igualación de toda diferencia. Ella corresponde a una estrategia de poder por parte del sacerdote. Desde el nivel anterior se muestra como una moral antinatural.

4.3. La moral, tras la muerte de Dios, puede convertirse en *la libre creación de valores*, más allá del bien y del mal (la transvaloración), obra del hombre que descubre la inanidad y vacío de las valoraciones morales de la tradición judeocristiana. Esto da lugar a una renaturalización de la moral, puesta de nuevo al servicio de la vida

4.4. Los tres niveles son paralelos a los encontrados por la genealogía de la verdad: la verdad como mentira útil necesaria para la vida, la verdad del judeocristianismo y la verdad perspectivista.

4.5. A la luz del perspectivismo y la relativización de los valores tradicionales a que ha dado lugar la genealogía, la voluntad de poder afirmativa aparece definida como fuerza que extrae del mundo la interpretación que más favorece a la vida, que no se deja encerrar en ninguna "verdad" definitiva. Es la voluntad del *superhombre*, único ideal que hasta ahora ha existido como alternativa al hombre del ideal ascético.

4.6. Este es el aspecto positivo de la filosofía de Nietzsche. Después de la destrucción operada por la genealogía, el camino queda libre para una nueva posibilidad: el superhombre que ha vencido todo resentimiento, incluso el resentimiento hacia el tiempo que nos limita haciendo del pasado algo ya inamovible. Por ello el superhombre es el hombre del *eterno retorno*, que desea la eternidad de cada instante porque sabe elegir en cada momento aquello que ama y quiere que vuelva infinitas veces. El eterno retorno es la interpretación que selecciona al superhombre.

4.7. La genealogía supone el intento de transvalorar la transvaloración de los valores que el judeocristianismo ha llevado a cabo. Nietzsche intenta en esta obra invertir el cambio operado en moral por ese verdadero antimovimiento representado por la rebelión de los esclavos. Esto sólo es posible situándose más allá del bien y del mal, tal como esta tradición lo ha entendido.

PEDRO MAZA BAZAN
Estudio Teológico Agustiniano
Valladolid